

una espectacular densidad en el decenio transcurrido. A ello hay que añadir la acumulación de datos, p. e. el caso de la Península Ibérica, procedentes de trabajos anteriores pero que no fueron utilizados en su día. Con ello Hayes da muestra de una honestidad científica modélica y poco frecuente.

Varios nuevos depósitos han sido dados a conocer en estos años. Con ello es posible hoy alcanzar una precisión en lo que respecta a la cronología de la producción en la segunda mitad del siglo III d. C. y en la época de Justiniano pero siguen las dificultades en lo que respecta al siglo VI d. C.

El núcleo, en extensión, del suplemento es la ampliación de la serie tipológica con variantes, versiones tardías y nuevas formas y baja de otras, p. e. 12, alcanzándose ya la 198. Con ello se plantearán algunas críticas, a mi juicio injustificadas, que surgieron en 1973 y que en dicho año fueron parte de la expresión, aparentemente resentida, de algunas personas en las reuniones del «Cantinone» de Roma.

Son muy numerosas las adiciones al catálogo trazado en la publicación anterior y a los temas de la decoración estampada sobre los cuales hubiera sido de agradecer la inclusión de dibujos de los nuevos ejemplos de decoración. Escasísimas las adiciones al material con decoración aplicada sobre el cual el autor lamenta, justificadamente, que su nuevo auge en el mercado anticuario haya inundado éste de ejemplares y moldes sin procedencia lo cual se aplica también a las lucernas.

Los cambios respecto a las cronologías son notables. La aparición en Pompeya es esporádica y la exportación al mercado tirrénico con carácter masivo se iniciaría en época de Adriano. Se precisa la cronología de la producción de fines del siglo IV d. C. con materiales de Raetia, previamente solo con materiales del ágora de Atenas, y las nuevas excavaciones de Cartago ofrecen abundantes datos para el siglo V con el vacío de su segunda mitad. Si alguna duda podía quedar sobre el origen africano de esta producción las nuevas excavaciones de Cartago la han disipado totalmente. Lo mismo se diga de su encuadre en la industria artística, singularmente la toreútica, bajoimperial.

El estudio de la dispersión de hallazgos incide, matizándolo, en lo establecido en la primera publicación. Menos novedades, y menos materiales, se reúnen en el estudio de los poco conocidos talleres de Tripolitania, «Focea» y, en menor medida, Chipre y Egipto.

Finalmente dos apéndices suplementarios, bibliografía de yacimientos y formas hasta 1978... En resumen un buen suplemento al que sigue siendo un magnífico libro.—  
ALBERTO BALIL.

Giuseppe PONTIROLI, *Lucerne antiche dei Musei di Cremona*, Milán, Cisalpino Goliardica, 1980, 4.º, X-176 pp., CXIV láms.

Dos raros hados adversos parecen pesar hoy sobre los estudios de lucernas romanas. Uno es el de la dilación editorial, que por lo visto no es desgracia exclusiva de los españoles, como ha sucedido con el libro de Annalis Leinbundgut, y otra la excesiva coincidencia. Este puede ser el caso de BAILEY, *BM Lamps II*, de HAYES, *Royal Ontario Museum Lamps I*, en otro sentido de los buenos estudios, tipos en un caso, procedencias en otros, de Pavolini etc...

Creo que a tales hados puede añadirse otro y es el de la polifacética composición de las colecciones de lucernas singularmente en centros museísticos. Dispersión de materiales cuya diversidad de procedencias son tales que día a día hacen más imposible concebir, como pensara Loeschcke, un *Corpus* de lucernas.

El interés se impone pero esta imposición está muy lejos de contar con las posi-

bilidades de poder llevarse a cabo. Frente a ciertos optimismos, que entraban más en lo iluso que en lo utópico, hace un cuarto de siglo, que para llevar a cabo una tarea de este tipo se necesitaba un equipo mínimo de arqueólogo, dibujante y fotógrafo, exento de dificultades administrativas como las practicadas por ciertos museos y colecciones, de dedicación exclusiva y sin plazo fijo cuyo costo no habría sido, publicación aparte, inferior a la construcción de dos portaviones. Pese al aumento bibliográfico que ha tenido lugar en este cuarto de siglo los planteamientos económicos se plantean ya a una escala tan superior que me considero incapaz de calcularla.

Las bibliografías hoy disponibles señalan, y he aludido a ello mucho antes, dos diferencias fundamentales, estudios de colecciones de museos y estudios de materiales resultados de una excavación. En este último caso parece seguro, p. e. Conimbriga, Vindonissa, Sabratha, Carthago-Lavigerie, Luni, etc., que se trata de materiales de procedencia conocida. Es caso semejante el de trabajos sobre provincias como el de Annalis Leibundgut para Suiza, un área determinada pero no siempre es tal el caso. Más acusado se presenta este fenómeno cuando se trata de fondos de museos, sean grandes centros como el BM, las colecciones de Berlín, Maguncia etc... Incluso colecciones aparentemente «locales» como el «Antiquario Comunale» de Roma tienen «intrusiones».

Este hecho se da también en colecciones de menor entidad. Lo publicado de las lucernas de los Museos de Sevilla o Granada y, en breve, de una colección privada de Sevilla no presuponen ni un origen comarcal o local. La señora Gualandi-Genito lo ha mostrado muy bien para el caso de Bolonia y, por mi parte, desearía que no se siguiera considerando el trabajo de Alvarez-Ossorio sobre las lucernas del M. A. N. como un «mustrario» de las lucernas de la Península Ibérica y espero que nadie se proponga catalogar las colecciones de la Abadía Benedictina de Montserrat como otro «mustrario» de las lucernas romanas en Cataluña...

El caso de la nota de Alvarez-Ossorio es, en escala un tanto distinta, semejante al de este catálogo de las colecciones de Cremona o el reciente de Treviso. La reunión, por varios procedimientos, en colecciones municipales de antiguas colecciones de *dilettanti*, entre el siglo XVIII y la primera mitad del presente, da lugar a conjuntos cuya relación con la ciudad donde se encuentran se limita a lo físico y es excepcional el hallazgo local o comarcal. Prescindiendo de las apariciones de lucernas griega o de las egipcias del tipo «de rana», fácilmente detectables, el conjunto se centra en una gran abundancia de lucernas de volutas y alguna L. VIII que indican un ambiente de fabricación en Italia Central, Lacio, y, menos, Campania y el notabilísimo peso del mercado anticuario romano y napolitano. Quizás también será conveniente tener en cuenta este hecho para ponderarlo en relación con el cambio de «gusto» de los propietarios actuales de pequeñas colecciones, prácticamente un ornato doméstico en la zona de Lacio y Toscana con las inevitables piezas de bucchero o «a vernice nera», muy distinto de lo que sucedía a comienzos de este siglo y de lo que sucede en el mercado anticuario alpino o renano.—  
ALBERTO BALIL.

Valeria BESSI, Carla MONCINI, *Lucerne romane nelle collezioni del Museo Teatrale alla Scala*, Milán, Museo Teatrale alla Scala, 1980, 4.º, 108 pp. XXV láms.

La gran colección arqueológica del «Museo Teatrale alla Scala» sigue, desde hace un cuarto de siglo, con instalaciones provisionales y periódicas remociones. Para el mediano conocimiento de sus fondos, aparte la gran contribución de Carlo Albizzati con adecuadas compras en el mercado anticuario, sigue siendo el catálogo de subasta de la antigua colección Sambon núcleo fundamental de este museo.